

TUCAN  8+

Down

AN ALFAYA



edebé

9.ª EDICIÓN

“



Capítulo uno

Al tío Serafín se le ha caído un tornillo de la cabeza. No es que lo diga yo, sino la tía Edelmira. Oí cómo se lo contaba a mamá la otra tarde, mientras bebían café con leche en la sala.

A lo mejor se trataba de una especie de secreto entre hermanas, porque la tía Edelmira murmuraba e hipaba, y mamá movía la cabeza de un lado a otro suspirando. Por si las moscas, no quise interrumpirlas y salí a la terraza a jugar con mi gato Chas.

Contarle a tu gato las cosas que no entiendes, y que él ponga cara de hacer como



que te escucha, aunque sé que no es así, podría parecer raro si uno tuviese algún hermano con quien hablar y a quien dar una patada en la espinilla de vez en cuando; o si hubiese vivido en este barrio desde que empezó a crecer en la barriga de su madre; o si conociese a algún vecino simpático con el que jugar, o con el que intercambiar cromos, aunque te escupiese algunas veces en un ojo. Pero resulta que nosotros nos hemos mudado a este bloque de pisos hace tan sólo unas semanas, y vivimos de alquiler en un bajo con terraza. Eso explica, entre otras cosas, que yo hable con Chas de los asuntos que no entiendo.

Hace algo más de un mes, la tía Edelmira llamó por teléfono a mamá y le contó que el bajo de su bloque de pisos se había quedado



vacío, y que ella podía hablar con el casero para que nos lo dejara bien de precio.

Papá dijo que por su parte le iba bien, porque está a un paso de la fábrica donde trabaja. Así podría hacer el camino a pie, madrugaría menos, y ahorraría dinero al no tener que coger el coche. En cambio, mamá puso pegas, porque yo tendría que cambiar de colegio con el curso empezado, y ella perdería la clientela de la peluquería que había ganado con tanto esfuerzo. Pero la tía Edelmira, que siempre ha sido muy testaruda, le machacó la cabeza de tal forma que acabó convenciéndola.

Ahora que lo pienso, puede que ya entonces hubiera empezado a caérsele el tornillo de la cabeza al tío Serafín, porque recuerdo que, en una ocasión, mamá, hablando con



papá, creyendo que yo no escuchaba, dijo que tenía la impresión de que no había ferreterías suficientes en toda la ciudad para arreglar el problema del tío Serafín; y después se puso a llorar. Papá la consoló y luego hizo un comentario muy raro. Dijo que lo que el tío necesitaba era una buena caja de herramientas y un mecánico de primera.



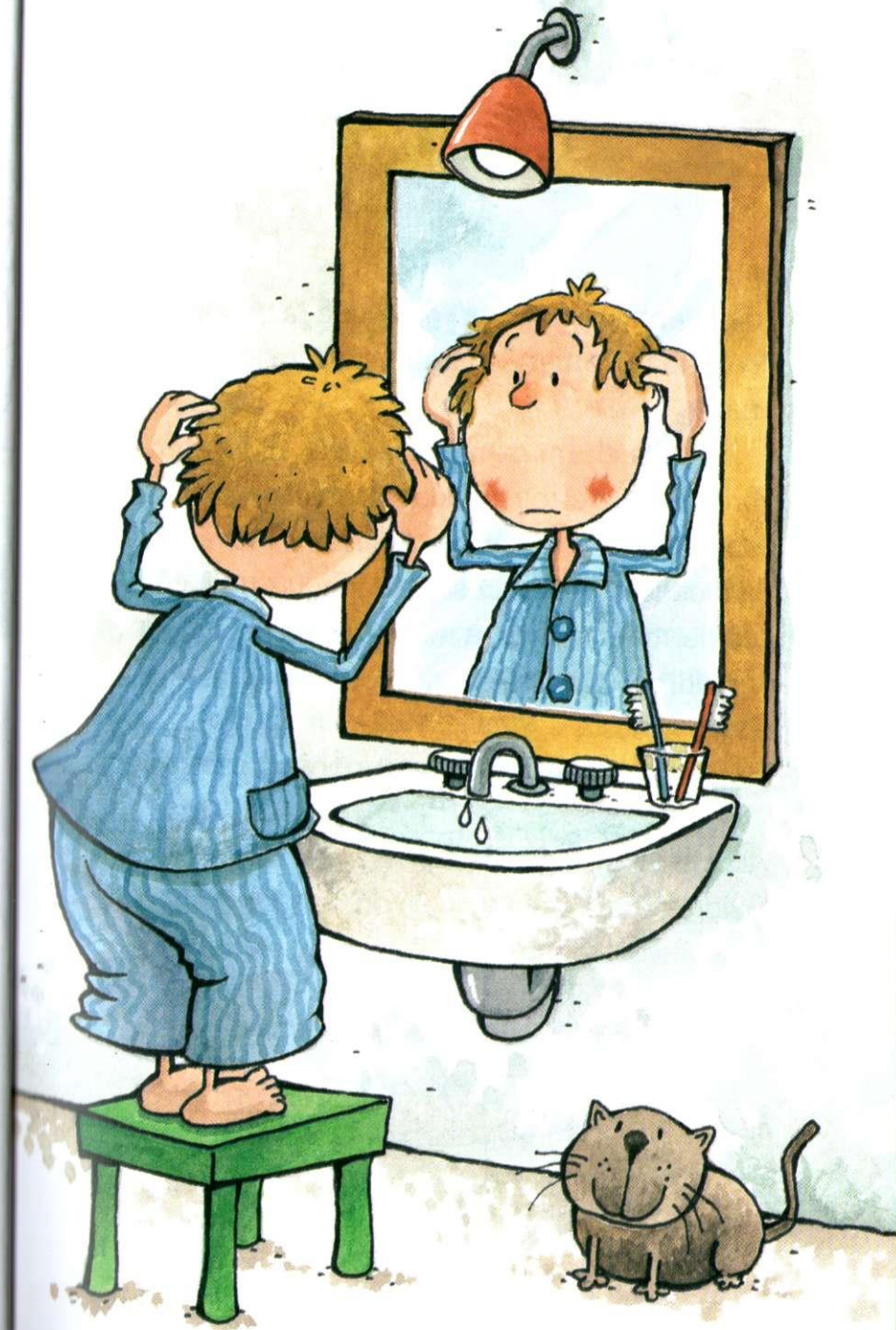
Yo me quedé pensando en sus palabras y me sentí confuso. A lo mejor, papá y mamá sólo estaban hablando de un tornillo que se le había caído a algún coche del tren de lavado donde trabaja el tío Serafín a diario, y no a él mismo.

En fin, que estoy hecho un lío, y no veo la manera de desenredar el ovillo. Porque Chas no me saca de dudas y a mamá no le quiero

preguntar de golpe y porrazo. La pobre parece muy preocupada desde que nos hemos mudado, aunque no sé si es por el asunto del tío, o porque tiene que comenzar de cero con la peluquería.

Tal vez sólo son embrollos de niño que no entiende el mundo de los mayores. Mi gran pregunta es si todas las personas tenemos un tornillo en la cabeza, porque yo, por más que me miro en el espejo del cuarto de baño, no acabo de encontrármelo. Puede que lo que suceda es que los tornillos crecen en la cabeza de los niños cuando ya están en Secundaria, algo así como las muelas del juicio. Y como a mí me falta mucho para llegar, no tengo ni sombra de ellos en la frente.

Por descontado, resulta inútil que le pregunte a Chas sobre estas cosas, porque a fin





de cuentas sólo es un gato que jamás irá al colegio, ni jamás llegará ni siquiera a Primaria.

A Miguel, mi ex-mejor amigo, ni lo nombro, porque estoy enfadado con él y no pienso perdonarlo en la vida. Además, él tampoco entiende de estas cosas, y aunque presume de hermano mayor, a mí Lucas me parece un mentiroso, que se ríe de nosotros y no nos hace ni caso.



Capítulo dos

Mamá se dejó convencer con facilidad, porque la tía Edelmira es su única hermana, y desde que el médico dijo que tiene una salud muy delicada, se la metió en el bote.

Y es que a la tía Edelmira y al tío Serafín les pasa de todo. Son una ruina (palabras de mamá, no mías).

Por lo visto, el tío Serafín se libró de la mili por cateto, que no sé muy bien lo que significa, aunque la tía Edelmira siempre lo defiende y dice que fue por excedente de cupo, cosa que tampoco entiendo. Papá y mamá sonrían cada vez que se lo oyen decir, y después, a la



hora de la cena, comentan que el tío Serafín, de chico, se moría de ganas por entrar en el ejército, porque quería ser militar de carrera. Pero el pobre sufrió unas fiebres reumáticas cuando era joven, le dio un pasmo, y desde entonces nunca ha sido el mismo.

La verdad es que a veces espío al tío, con disimulo para que no se enfade nadie conmigo, y noto que hace unos gestos muy raros con la cara, como si tuviese un tic en un lado de la boca. Por lo visto son unos ataques que le dan de vez en cuando, aunque últimamente es casi a diario. Pero yo lo quiero muchísimo, porque cuando viene con la tía Edelmira y con Down a comer el bacalao que mamá cocina tan bien, siempre me regala algún juguete que ha construido con sus propias manos. Creo que a Down también se le dan bien



los trabajos manuales, porque el otro día trajo de su colegio un tiesto hecho por él mismo, y la tía Edelmira nos lo vino a enseñar toda orgullosa. Dijo que iba a plantar en él semillas de petunia, y que Down (ella le llama Guillermo) iba a encargarse de su cuidado.

A Down le encantan las flores, y la tía dice que le da mucha pena no disponer de espacio en su piso para colocar unos buenos tiestos. De hecho, cada vez que salimos y ve una casa con jardín, babea. Ahora está arrepentida de no haberse quedado ella con el bajo, porque así llenaría la terraza de tiestos.

Pero como mamá siempre tiene ideas estupendas, le dice que por espacio no hay problema, y que, si quiere, puede llenar nuestra terraza de macetas para que Down haga su jardín.



A la tía Edelmira, que es muy sensible, se le llenan los ojos de lágrimas. Down le deja su pañuelo, y después reparte besos por toda la mesa de lo contento que se pone.

Papá piensa que tanto el tío Serafín como la tía Edelmira son dos calamidades. No lo dice con maldad, sino con pena. Yo no entiendo muy bien lo que significa, pero sé que tiene que ver con cosas tristes. Por ejemplo, a la tía se le murió un niño dentro de la barriga antes de nacer, y todo por culpa de un motorista que la atropelló una mañana al salir del supermercado cargada con las bolsas de la compra. Lo peor de todo fue que después de eso cogió una enfermedad muy mala llamada «depresión», que debe de ser algo así como un constipado muy aburrido, porque, según mamá, la tía se pasaba los días



con un pañuelo de papel en las manos sonándose los mocos, muy abrigadita, y con la mirada perdida en la ventana, como mirando las musarañas. Eso le pasó poco tiempo después de casarse, y no le creció ningún niño más en la barriga, hasta que un día, muchos años después, cuando ya tenía el cabello gris (lo sé porque vi una foto suya en el comedor con la tripa hinchada), por fin le creció dentro el primo Down.

Papá y mamá, cuando hablan de los tíos, se cansan de suspirar y siempre acaban diciendo que nacieron estrellados (como los huevos fritos, pienso yo) y que necesitan todo nuestro apoyo.

Al final mamá, que es un trozo de pan, se olvida de su peluquería y a mí me matricula en un colegio nuevo. Se lo cuento a Chas y



él levanta las orejas, porque este gato mío conoce perfectamente al tío Serafín y a la tía Edelmira, y disfruta con la compañía de Down, que siempre le hace cosquillas en el cuello y se revuelca con él en la terraza ensuciándose con la tierra de los tiestos. Creo que es su forma de dar su aprobación.



Capítulo tres

En el colegio nuevo no se está tan mal. Me ha tocado una maestra simpática, aunque un poco quisquillosa. El primer día me exploró la cabeza, por si tenía piojos; los ojos, por las legañas; los dientes, por si estaban mal cepillados; las orejas, por si tenía restos de cera; la nariz, por si guardaba alguna pelotilla; las uñas, por si estaban demasiado largas y sucias; los codos y las rodillas, por si tenía costras; la ropa, por si estaba sucia o rota; los zapatos, por si no brillaban o llevaba los cordones desatados; y... de arriba abajo, por si aún le quedaba algún recoveco sin inspeccionar.



El resultado debió de agradarle porque me mandó a mi sitio sin reñirme y me dedicó una sonrisa de impresión, con una dentadura reluciente y perfecta, tipo anuncio de la tele.

Desde mi pupitre, en la última fila, eché una ojeada al resto de mis compañeros, igualitos a los del otro barrio, y me desilusionó llegar a una sorprendente conclusión: no eran marcianos.

Ahora que pienso lo tonto que fui cuando me tragué la bola de Lucas, el hermano mayor de mi ex-amigo Miguel, me doy cabezazos contra la pared. Seguro que ni siquiera Chas, si lo hubiese escuchado, se lo habría tragado, porque no es un ingenuo como yo, aunque sea un gato.

Lucas le dijo a Miguel que los niños de los colegios de ciertos barrios de la ciudad son



verdes o grises, y Miguel, para aclararme más la cuestión, me enseñó los hombrecitos de un libro con ilustraciones muy chulas que me regalaron por mi cumpleaños.

—¿Son así? —le pregunté incrédulo.

—¡Uf, más verdes y más grises todavía! —me contestó él muy convencido.

Los hombrecitos de mi libro eran marcianos. Por lo tanto, según Miguel y según Lucas, que en ese momento estaba con nosotros y no dijo lo contrario, los niños de mi nuevo colegio debían de ser también marcianos.

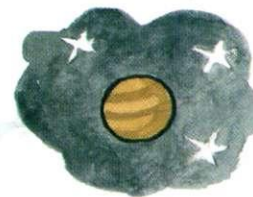
Ya a solas me pregunté: «¿Serán marcianos de Marte o marcianos de la Tierra?» Y claro, el primer día de clase, después de la inspección, sentado en mi silla, con los codos apoyados en mi pupitre, al echar una ojeada



rápida a mis compañeros, supe que mi ex-mejor amigo, que entonces aún era amigo, pero que en ese momento se convirtió de inmediato en mi ex-mejor amigo, me había traicionado.

Estaba tan enfadado que al llegar a casa di un portazo, y mamá pensó que me habían castigado el primer día de clase. Muy decidido me dirigí al teléfono de la cómoda del pasillo y dije simplemente que tenía que hacer una llamada urgente a Miguel.

Por primera vez en mi vida mamá no puso pegatas. Yo creo que sospechó que se trataba de un asunto de vida o muerte, y no se atrevió a decir ni pío. Porque las madres a veces saben cuándo uno tiene entre las manos asuntos que ellas no pueden comprender, y entonces hacen la vista gorda, mientras uno



no se pase dándole al pico por teléfono, claro. Se limitó a murmurar entre dientes unas palabras que no entendí mientras pelaba las patatas para la comida.

—Oye, Miguel, eres un piojoso —le solté a bocajarro.





Y ya no paré, pues decidí no darle la menor oportunidad de defenderse.

—Sí, y ya no quiero ser tu amigo. Desde hoy eres mi ex-mejor amigo. Y le dices a Lucas que también es otro piojoso. Porque los niños de mi cole no son verdes ni grises, no son marcianos. ¿Te enteras?... ¿Que Lucas quería decir que tenían la cara verde y gris por el humo de la fábrica de celulosa donde trabaja mi padre? ¿Pues sabes lo que te digo? Que la próxima vez se explique mejor, porque por algo está en la ESO. Si llego a abrir la boca delante de mis nuevos amigos, hago el ridículo. Además, en tu barrio también hay fábricas que echan humo, y tú no eres ni verde ni gris ni marciano. Si no vuelvo a llamarte jamás es porque no te perdono y no quiero hacer las paces, ¿me oyes?... No, no lo retiro. Insisto, eres un piojoso.



Y colgué satisfecho y risueño. ¡Qué a gusto me quedé! En cambio, mamá asomó la cabeza al pasillo y, después, el cuerpo entero. Tenía la boca abierta como un pasmarote. Se acercó a mí despidiendo un olor riquísimo a patatas fritas que me quitó el mal humor definitivamente y me entró hambre.

—¡Oye, jovencito! ¿Qué maneras son ésas? Parece que acabe de pasar una apisonadora por el pasillo. ¿Desde cuándo tratas así a Miguelito?

—Desde que es un mentiroso y un piojoso.

—¡Siro! ¿Qué forma de hablar es ésa?

—Cosas nuestras. ¿Qué hay de comida?

—¡No me cambies de tema!

—¿Y Chas? ¡Chas, Chas...!

—¡Te digo que no me cambies de tema!



—Voy con Chas a la terraza. ¡Chas, ven, ven, gatito!

Las madres siempre mueven la cabeza de un lado a otro cuando no comprenden a sus hijos, o se encogen de hombros, o suspiran, o sonrían con cara de tontas, o gimen, o todo junto... O te llaman «¡Siro Fernández!», y te tratan de usted como si fuesen sargentos del ejército, en lugar de Siro a secas. Yo hago el avión.

—¡Chas, ven, gatito, ven!



Capítulo cuatro

Mi primo Down es chino. Al menos, eso es lo que yo pensaba hasta hace poco. Ahora ya no sé qué pensar.

Cuando lo descubrí me sorprendió un poco, porque, que yo sepa, ni el tío Serafín ni la tía Edelmira son chinos. Me di cuenta de casualidad. Estábamos plantando semillas en los tiestos de la terraza y a Down le entró tierra en un ojo. Se quitó las gafas, que tienen unos cristales muy gruesos, y entonces me fijé en sus ojos, que me recordaron el póster de Bruce Lee que tiene papá pegado en la puerta de su habitación.



Le pregunté a Down por qué era chino, y se echó a reír, pero no me contestó. Entonces, a pesar de lo que había decidido, pensé llamar a mi ex-mejor amigo Miguel, pero noté que todavía no se me había pasado el enfado y aparqué el asunto.

Así que, cuando uno necesita contarle algo a alguien que sepa contestar a las preguntas que uno tiene, sin que haga como Chas, que no habla tu idioma y se sienta encima de la arena de su cesta como si tal cosa, y cuando uno tampoco puede recurrir a su mejor amigo, porque ya no lo es, sólo queda la única persona que está siempre disponible, es decir, la madre de uno. Porque podrías acercarte a tu padre... Pero es que el mío sólo para en casa para comer al mediodía, mientras mira el telediario, y por la noche regresa cansado de la fábrica y

se tumba en el sofá haciendo *zapping* con el mando, y cae rendido de sueño incluso antes de darme el beso de buenas noches. Por eso me es difícil hacerle preguntas, porque lo distraes de las noticias o lo interrumpes cuando está a punto de dormirse y se pone de mal humor. En cambio una madre, como es de goma, que no lo invento yo, sino que lo repite ella todos los días con cara enfurruñada mientras saca la ropa de la lavadora, o mientras pasa la fregona, o mientras me prepara la merienda, se estira de tal manera que siempre tiene un hueco para escucharte si te surgen dudas. Espero que no se rompa.

—Oye, mamá, ¿y el primo Down por qué es chino?

Cuando le hago esta pregunta mamá acaba de arrojarme y se dispone a leerme un cuen-

to. Ya se había sentado en el borde de la cama y había abierto el libro por la página en la que me había quedado dormido la noche anterior.

Por la cara que pone sé que se trata de una pregunta de respuesta difícil, porque abre y cierra la boca varias veces sin que le salga ninguna palabra, como hacen los peces cuando boquean. Finalmente, cuando consigue hablar, tartamudea.

—¡Pe-pe-pero, ca-ca-cariño! ¿Qué preguntas son ésas? En primer lugar, tu primo no se llama Down, sino Guillermo. Y si te escuchasen la tía Edelmira o el tío Serafín, se llevarían un disgusto.

—¿Por qué? ¿Se le caería el tornillo al tío?

—¡Qué ocurrencias tienes, Santo Dios!
—se escandaliza—. A las personas hay que llamarlas por su nombre verdadero, tesoro.



—¡Pero si tú casi nunca me llamas Siro, sino «cosita, tesoro, cariño, rey» o «mi amorcito»!
—No es lo mismo.



—Pues yo no veo la diferencia. Además, a Down le gusta que le llamen así y no esa ridiculez de Guille, como le llama la tía.

Mamá pone una cara muy seria mientras me arropa.

—Tienes que prometerme que delante de los tíos le llamarás Guillermo.

—Pero mami...

—En este asunto no hay «peros» que valgan —me interrumpe nerviosa—. Métetelo en la cabeza y no se te ocurra ninguna travesura. ¿Puedo confiar en ti?

Meneo la cabeza y le doy el sí, aunque no entiendo nada. Ella sonríe.

—Lo siento, cariño. A veces los mayores no sabemos interpretar los juegos de los niños y nos tomamos las cosas demasiado a pecho. Cuando seas mayor lo entenderás.

¡Otro misterio para el saco! Por lo visto ser mayor debe de ser una fuente de sabiduría, porque cuando hago una pregunta a papá o a mamá, y ninguno de los dos parece saber la respuesta, arrugan la cara como si tuviesen que exprimirse el cerebro para sacar zumo de naranja, y siempre acaban la conversación recordándome que soy un crío, y todo queda pendiente para cuando sea mayor.

De repente caigo en la cuenta de que hay otra pregunta que mamá ha dejado en el aire sin responder. Insisto.

—Pero, ¿por qué es chino?

—¡Dichoso crío! —refunfuña—. ¿Quién te ha metido esas ideas tan raras en la cabeza?

—Nadie. Las ideas me nacen solas.

—Pues para que lo sepas, tu primo no es chino, sino gallego.



—Entonces será un gallego-chino.

—¡No, Siro, no es un gallego-chino, ni un chino-gallego! Es un gallego-gallego como tú.

—¿Y por qué tiene los ojos estirados?

—Porque nació con ellos así, igual que tú naciste con los tuyos con el color y la forma de las almendras.

—Porque salí al abuelo Martín. ¿Pero Down a quién ha salido?

Mamá parece apurada.

—Ha salido... Tiene un aire a la tía Edelmira y un aire a tío Serafín.

—¿En los ojos también?

—¡Ay, Siro! Me estás poniendo en un compromiso. Los mayores no lo sabemos todo... Es algo muy difícil de explicar a un niño tan pequeño como tú. Cuando...

—Ya, ya, cuando sea mayor.

—Pues sí, Siro. Seguro que más adelante te hablarán en el colegio de los genes y de los cromosomas, y... —mamá se detiene y se pasa la mano por la frente.

¡Qué raro!, está sudando...

—¿Pero qué tienen que ver los cromos con los chinos, mamá? ¡Me estoy haciendo un lío!

—¡No me extraña, hijo! No son cromos, Siro, sino cromosomas... ¿Ves como todo es muy complicado? ¿Qué te parece si aplazamos esta conversación para dentro de unos añitos?

—Se lo preguntaré mañana a la *profe*.

—¡No, Siro, no lo hagas! Puedes ponerla en un aprieto. De todos modos no te preocupes, tesoro. Cuando crezcas un poquito, te lo explicarán en la clase de Ciencias. De momento te basta con saber que tu primo no es



chino, y procura que no se te escape eso delante de los tíos.

—¿Es otro secreto que debo guardar en el saco?

—¿En qué saco?

—En el saco de las preguntas sin respuesta.

—¡Sí, sí, guárdalo en ese saco! Ya sabes que la tía Edelmira tiene una salud muy débil, y el tío Serafín...

—¡Ya sé! Al tío Serafín le falta un tornillo de la cabeza.

—¡Siro! ¡Basta de tonterías! ¡A dormir!

—¿No me lees el cuento?

—¡Para cuentos está el patio! —refunfuña para sí—. Con tantas historias se me ha hecho tarde. ¡Hala, a contar ovejitas!

Capítulo cinco

Yo creo que esta noche todas las ovejas del universo se han propuesto fastidiarme. Puede que hayan decidido reunirse en señal de protesta. La verdad es que las pobres deben de estar hartas de que los humanos recurramos a ellas cuando no nos viene el sueño. Ovejita va, ovejita viene, ovejita va, ovejita viene, ¡otra ovejita!, ¡y otra más! Seguro que acaban rendidas con tanto meneo de un lado a otro.

Pues nada, que llevo toda la noche con los ojos abiertos, contando ovejitas según el consejo de mamá. Como con frecuencia me dis-



traigo con una montaña de preguntas con cara de ovejita dentro de mi cerebro, ¡hale, pierdo la cuenta y vuelta a empezar!

Al principio parece un juego divertido, pero llega un momento en que contar ovejitas, en lugar de producirme sueño, me lo quita. Empiezo contándolas con los dedos de las manos. Después sigo con los de los pies, y repito la operación por lo menos diez veces, hasta que pierdo la cuenta. ¡Vaya follón! El caso es que las ovejitas no paran de saltar por encima de los cercados de los prados y, cuando tengo la sensación de que la larga fila que forman está llegando a su fin, vuelven a comenzar, como en el cuento de María Sarmiento.

Lo más gracioso del asunto es que las ovejitas llevan un lazo alrededor del cuello, del

que cuelga un objeto que, aunque no tiene forma de campanilla, suena como si lo fuese.

Mientras voy contándolas de una en una, trato de descubrir qué puede ser ese objeto, pero justo cuando estoy a punto de averiguarlo, ¡zas!, las ovejitas se vuelven de espaldas. ¡Un desastre!

Así que no me queda más remedio que echarle imaginación al asunto, que es algo así como jugar a inventarse cosas que pueden existir o no. Y me saco de la manga la idea de que mis ovejitas están sedientas de tanto saltar, y de repente se detienen delante de un riachuelo a beber, momento que aprovecho en mi beneficio.

La primera ovejita se asoma al riachuelo con la cara manchada y me saca de dudas. El colgante de su cuello queda reflejado en el



agua cristalina y luego rebota en las niñas de mis ojos. Doy saltos de alegría en el colchón y hago rechinar el somier. ¿A que tengo buenas ocurrencias, eh?

Me da la risa y, como estoy solo, incluso me entran ganas de ir a contárselo a mamá. Cuando ya estoy a punto de poner los pies en la alfombra, pienso que quizá no sea tan buena idea. Papá tiene que levantarse temprano y, si lo despierto, puede arder Troya, que no sé muy bien qué significa, pero es algo que acostumbra a decir mamá con cara de alterada cuando piensa que eso va a enfadar a papá. Además, desde que nos mudamos, ella casi no pega ojo, por las preocupaciones, dice suspirando continuamente.

Después cambio de planes y decido ir a la terraza con Chas. Pero esta vez ni siquiera sa-

co los pies de debajo de las sábanas. ¿Qué le va a importar a mi gato lo listo o lo tonto que soy? En realidad, ya sabe perfectamente que otro como yo no lo va a encontrar ni aunque maülle de aquí hasta la Patagonia, que debe de ser un lugar muy lejano, porque a ese sitio siempre manda la tía Edelmira al tío Serafín cuando le pone los nervios de punta, que por lo visto también es un decir. O sea, que tengo un follón en la cabeza, que ya no sé a qué venía esta historia...

¡Ah, sí! El colgante del lazo de las ovejitas... Pues eso. El riachuelo me devuelve la imagen de un signo igual a los que aparecen en los libros cuando se empieza una pregunta. Lo curioso es que entre el rebaño no encuentro ninguna ovejita con el signo al revés.

De repente caigo en la cuenta. Por eso no



soy capaz de dormirme. Las preguntas que le hice a mamá y que no fue capaz de contestarme están colgando del cuello de las ovejitas. ¡Vaya descubrimiento!

De tanto romperme la cabeza creo que me va a explotar y me entran unas ganas muy fuertes de hacer pis. Enciendo la luz de la lámpara de la mesilla y pongo los pies en la alfombra. Asomo la cabeza al pasillo y todo está muy silencioso y oscuro. Es la primera vez que me atrevo a andar yo solo por esta casa de noche; normalmente llamo a mamá. ¿Me estaré haciendo mayor? Camino de puntillas hacia el baño y consigo mear sin nada de miedo. ¡Qué valiente soy! Por eso me animo y voy hasta la cocina. Abro la nevera y me sirvo un vaso de leche. ¡Hum, qué fresquita! Cuando estoy a punto de entrar en mi habi-

tación, escucho la voz adormilada de mamá desde la suya.

—¿Qué haces levantado, Siro?

—He ido al baño.

—¿Quieres que me vaya a arroparte?

—¡No, ya soy mayor!

—Está bien. Hasta mañana, cariño.

—Buenas noches, mami.

Me meto en la cama contento y me repito: «¡Qué valiente soy!» La pena es que mañana no pueda compartirlo con nadie, ni siquiera con mi ex-mejor amigo Miguel.

Las ovejitas por fin me dejan tranquilo y me atrapa el sueño.



Capítulo seis

Me he despertado nervioso y en clase estoy distraído.

—¡Siro, estás en las nubes! —me suelta la maestra.

—¡No, no! —le contesto rápidamente.

En el recreo tampoco tengo ganas de jugar y, cuando vuelvo a mi sitio, la maestra insiste. Se acerca a mí y me pone la mano en la frente, como suele hacer mamá cuando quiere tomarme la temperatura. La siento fresquita. Frunce el ceño.

—Tienes algo de fiebre. Al llegar a casa le dices a tu madre que te ponga el termómetro.



El resto del tiempo me animo un poco, porque nos toca Plástica y hacemos un ejercicio muy guarro pero muy divertido. Metemos los dedos dentro de los botes de pintura y después emborronamos un papel, haciendo combinaciones con las huellas de nuestros dedos.

En el autocar de vuelta a casa sigo atonta-

do, como si continuase contando ovejitas. Ni siquiera el chiste que cuenta Paco, uno de ESO, me hace gracia. Aunque debe de tener su chispa, porque primero escucho unas risitas a mi lado, que en seguida van rodando por el pasillo del autobús, hasta llegar al conductor, que también se echa a reír.

Paco me da un coscorrón y pone cara de



hurón porque no me he reído de su chiste. ¿Cómo le explico que tengo la cabeza llena de ovejitas?

—¿Y tú qué? —me suelta.

Me encojo de hombros y no digo ni pío. Paco es un gigantón muy echado para adelante.

—¿A ti no te han enseñado que hay que reír las gracias de los mayores, enano? —insiste, y suelta una risotada, coreada por medio autocar.

Niego con la cabeza con un nudo en la garganta. ¡Menos mal que me echa una mano el Codorniz, un compañero suyo!

—¡Déjale en paz, Paco! Sólo es un mocoso.

Paco arruga el ceño y me hace un corte de mangas. En ese momento se detiene el auto-



bús, y Sara, mi compañera de pupitre, me avisa.

—Siro, es tu parada.

Salgo disparado como una bala, sin ni siquiera agradecerle el aviso.

En casa mamá me nota raro y sin que le dé el mensaje de la maestra coloca la palma de su mano en mi frente.

—Creo que tienes fiebre, hijo.

—¡Qué va, mamá!

—Te voy a poner el termómetro. Deja la mochila en tu habitación.

Va a buscarlo y vuelve rápidamente a mi cuarto. Me lo mete debajo del sobaco y siento un escalofrío al notar el frío contacto.

—Ahora quédate quietecito. ¿Te han puesto deberes?

- Una ficha para colorear y unas cuentas.
 —Pues comes algo, los haces rapidito y luego te acuestas.
 —¡No me duele nada, mamá!
 —¡Ya veremos!

Se va a atender la comida y me deja sentado en la cama. Me canso y salgo a la terraza a buscar a Chas. Mamá me riñe porque no le gusta que toque al gato antes de comer, y menos con el termómetro debajo del brazo. Me manda de nuevo a mi cuarto.

Paso de largo por la cocina y escucho el burbujear de la cazuela. Ella no tarda en venir junto a mí. Se saca las gafas del bolsillo del delantal y se las pone sobre la punta de la nariz para leer el termómetro. Al mismo tiempo oigo el ruido de la llave en la puerta de la en-



trada. Es papá, que viene del trabajo. Llama a mamá, y ella, sin quitarle ojo al termómetro, le contesta.

—¡Estoy en la habitación de Siro!

Papá viene. Le da un beso en la mejilla y a mí me revuelve el pelo.

—¿Qué tal, campeón?

Me encojo de hombros.

—El niño tiene unas décimas —dice mamá.

—Siro siempre anda con décimas —contesta papá quitándole importancia.

—Será la garganta otra vez... Siro, ¿te duele la garganta? —me pregunta mamá.

Niego con la cabeza.

—Entonces, ¿qué te duele? —insiste.

—Nada.

—¿Y por qué tienes tan mala cara?

—Porque he dormido mal.

—Si has dormido mal, es que te dolía algo, ¿no?

—Nada, mamá. Estuve contando ovejitas. Papá se echa a reír y menea la cabeza.

—Deja al niño —le dice a mamá—. Sólo tiene unas décimas de fiebre.

—Cuando cuentas ovejitas es que algo te preocupa, Siro —añade todavía mamá—. ¿Qué historias tienes en la cabeza?

—Sólo hice lo que tú me dijiste, mamá. Papá suelta una risotada.

—¡Anda, mujer, vamos a comer! Voy trin-chando el pollo.

Mamá tuerce el morro y me manda lavar-me las manos.

Me como el pollo sin ganas, y mastico como si tuviese chicle entre los dientes. Se me debe de notar mucho, porque mamá refunfuña.



—¡Este niño parece que tiene chicle en la boca!

Papá hace *zapping* de cadena en cadena y escucha las mismas noticias repetidas. De vez



en cuando mueve la cabeza y le hinca el diente a un muslo de pollo.

Por la tarde hago los deberes a toda prisa y me distraigo peleándome con Chas. Le digo a mamá si puedo llamar a Down para que baje a jugar un poco conmigo, pero ella, que está preparándose la merienda, niega con la cabeza al tiempo que dice:

—¡De eso nada, Siro! Puede que la fiebre que tienes sea síntoma de que estás incubando una gripe. Por nada del mundo querría que se la pegases a tu primo. ¡Bastante tiene Edelmira con lo que tiene!

Finalmente, desesperado de tanto aburrimiento, sólo me queda una alternativa. Llamo por teléfono a Miguel, mi ex-mejor amigo. Pero que quede claro que lo hago porque me aburro, y porque mamá está recogiendo la ro-



pa seca del tendedero en la terraza y tengo el campo libre. Si me pesca abusando del teléfono otra vez, y más sin su permiso, me puede caer un castigo de campeonato.

—¡Hola!... Sí. Todavía estoy enfadado... No. No pienso ir por el barrio... Porque no me apetece. Te llamaba sólo para que sepas que tengo cuarenta de fiebre y, aunque seas mi ex-mejor amigo, supongo que tienes derecho a saberlo... Claro, por lo que pueda pasar... Piensa lo que quieras, pero ahora mismo estoy echado en la cama y de un momento a otro va a venir un médico a casa... Porque no me puedo mover. Me cuesta mucho andar. Casi no me tengo en pie... ¿Al colegio? No, no creo que vaya mañana. Y eso que mi habitación está llena de nuevos amigos... ¡Seguro!... No, no vengas a hacerme

una visita. Recuerda que tú ya no eres mi amigo, sino mi ex-mejor amigo, o sea, casi un enemigo... De verdad. Tengo que despedirme, porque acaban de llamar al timbre de la puerta y mi madre ha ido corriendo a abrir. ¡Seguro que es el doctor! O a lo mejor, otro amigo... Sí, es el doctor. Mi madre está echando a todo el mundo de la habitación. Debo de estar muy grave, porque el médico trae un montón de aparatos. Pero casi no te lo cuento, porque como eres mi ex-mejor amigo puede que ya no te interesen mis cosas. ¡Ah, Miguel! Antes de colgar quiero hacerte una pregunta. Supongo que no sabrás contestarla, porque es muy difícil. ¿Tú sabes lo que son los cromosomas?... ¡No, a tu hermano Lucas no le preguntes, que es un mentiroso!... Además ya lo sé. Saqué un diez en



ese control. Ya veo que en tu colegio no te enseñan cosas tan difíciles como en el mío. Cuelgo, que el doctor me prohíbe hablar mientras me ausculta.

¡Toma palabrita! Apuro la jugada, pues veo a mamá saliendo de la terraza. Chas me echa una mano: se mete entre sus zapatillas y se enreda en sus pies. Cargada como viene con un montón de ropa seca, está a punto de caerse rodando sobre la alfombra del salón.

—¡Siro! —la escucho gritar—. ¡Quítame a Chas de las piernas!

Aparezco como un rayo en el salón y cojo a Chas en brazos, mientras mamá protesta.

—Este gato cualquier día nos da un disgusto.



Lleva la ropa al cuarto de la plancha y desde allí grita:

—¡Siro! Ven que te pongo otra vez el termómetro. ¡Y deja a Chas ahora mismo!

Devuelvo a Chas a su cesta y de mala gana voy junto a ella. La encuentro doblando la ropa seca que acaba de recoger.

—Antes échame una mano y ayúdame a doblar estas sábanas.

Doblamos las sábanas y ella saca el termómetro del bolsillo del delantal. Me lo enchufa de inmediato en el sobaco. Después me manda que me siente en una silla.

—Quietecito ahí mientras ordeno este montón de ropa.

Me echa una ojeada.

—Parece que tienes mejor cara. Ya no estás tan pálido. ¿Te duele algo?

Muevo la cabeza de un lado a otro.

—Si mañana no se te ha quitado la fiebre, vamos al ambulatorio.

—Sí, mamá.

El termómetro marca una décima más que al mediodía. Mamá se enfada mucho.

—¿Ves? ¡Te ha subido! ¿Qué te decía yo?

En ese instante se escucha de nuevo el ruido de la puerta de la entrada. Es papá, que vuelve de la fábrica. Al no encontrar a mamá en la cocina viene al cuarto de la plancha. Ve, que tiene la cara congestionada y le pregunta:

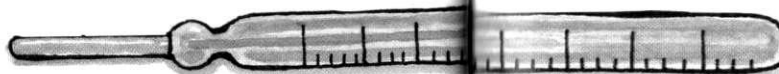
—¿Qué pasa?

—Que al niño le ha subido la fiebre.

—¿Mucho?

—Una décima.

—¡Caramba, una décima, pero qué exa-



gerada eres, mujer! Te ahogas en un vaso de agua. La fiebre siempre sube por la noche. Dale un baño templado y una aspirina infantil con la leche. ¡Seguro que sólo es un estirón!

—¡Qué bien hablas! Anda, échame una mano y deja de darle al pico.

Mamá le pone un mantel en las manos y lo doblan entre los dos. Yo sigo sentado en la silla, sin saber muy bien qué hacer. Me quedo en silencio.

—Mujer, vengo cansado del trabajo.

—Yo también estoy cansada.

Papá la besa en el cuello, zalamero, y mamá afloja.

—Es que el asunto de Serafín me tiene fuera de mis casillas. Edelmira me hincha la cabeza todo el santo día y me va a explotar en

cualquier momento. No tengo ni un segundo de sosiego. Y encima Siro se pone malo.

Papá la rodea con sus brazos y juega con su pelo.

—Venga, mujer, tranquilízate, todo va a quedar en nada. Mete al niño en seguida en la cama y detrás de él vamos nosotros. Nos arropamos entre las sábanas y dejamos las preocupaciones en la almohada.

Salen del cuarto de la plancha abrazados como dos tortolitos y me dejan sentado en la silla como a un pasmarote, balanceando las piernas de un lado a otro. Al poco rato mamá vuelve con la cara más alegre.

—¿Qué haces ahí sentado, Siro? ¡Venga, ya tienes preparado el baño!

Por la noche me atacan de nuevo las ovejitas. Por más que intento no pensar en ellas,



¡venga ovejitas! Y justo en el momento en que aparece el lobo, despierto sobresaltado con el sonido del timbre del teléfono del pasillo. Escucho ruidos y después la voz adormecida de mamá que atiende la llamada. No consigo saber lo que dice, porque habla bajito. Al poco de colgar, oigo los pasos de papá y murmullos. Mamá solloza. No tardo en oír cómo la puerta de la entrada se abre, para cerrarse en seguida. Yo trato de contar ovejitas, pero ya no soy capaz. ¡Y eso que el jaleo espantó al lobo y ahora parecen muy mansas!

Cuando estoy a punto de enredarme en el sueño, noto que se abre despacio la puerta de mi habitación. Mamá le susurra a alguien que se meta con cuidado en mi cama. Un cuerpo grande se coloca debajo de las sába-

nas. Yo me hago el dormido. Mamá cierra la puerta y se va.

—Oye, ¿tú quién eres? —le suelto al intruso.

El cuerpo grande se remueve en la cama y contesta:

—Down.

—¿Down? ¿Qué haces en mi cama?

—Voy a dormir.

—¿Y por qué no duermes en la tuya?

—No sé.

—¿Y los tíos?

—Se han ido.

—¿Adónde se han ido?

—No sé.

—¡Ah!

Permanecemos un rato en silencio.

—¿Tienes sueño, Down?



- Antes tenía.
 —¿Y ahora no tienes?
 —He perdido la fragancia de mi jardín.
 —¿Tienes un jardín en tu habitación?
 —No, yo cuento flores para dormirme.
 —Yo, ovejitas. ¿Contamos ovejitas?
 —No, contamos flores.
 —Tienes que enseñarme.
 —Vale.

Entonces empezamos a contar flores. Él una, yo otra.

- Petunias.
 —Claveles.
 —Rosas.
 —Camelias.
 —Begonias.
 —Gladiolos.
 —Geranios.

—Margaritas azules...

Un aroma hechicero llena mi habitación. En medio del jardín salta una ovejita blanca, muy blanca..., mimada por los rayos de un sol amarillo, muy amarillo, en una hierba verde, muy verde, cobijada por un cielo azul, muy azul..., hasta que nosotros mismos, rodando entre las flores, jugamos hasta hartarnos y nos vence un sueño de colores.



Capítulo siete

Por la mañana me despierto con el sonido de los nudillos de mamá llamando a la puerta de mi habitación. A tientas, se acerca a mi cama, retira un poco la manta y las sábanas, y me enchufa el termómetro debajo del pijama al tiempo que coloca la palma de su mano sobre mi frente.

—Parece que ha desaparecido la fiebre.

Sale de la habitación y caigo en la cuenta de que estoy solo en la cama. ¿Habré soñado que Down dormía conmigo? Mamá vuelve en seguida, enciende la luz y se sienta a mi lado en el borde de la cama.

—¿Qué tal has dormido, tesoro?



—Bien.

—¿Te ha molestado tu primo?

—No. Jugamos a contar flores.

—¡Qué juego tan bonito!

—¿Adónde se ha ido?

—Se ha levantado temprano para coger el microbús que lo lleva a su colegio. Para justo delante del portal. Bajó con papá aprovechando que salía para el trabajo. Espero que no le hayas pegado la fiebre.

—¿Y los tíos?

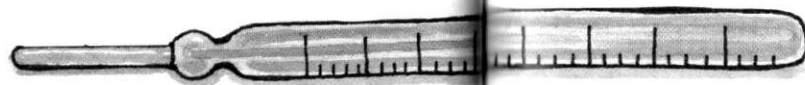
Mamá suspira y luego responde. Parece preocupada.

—Serafín se ha puesto enfermo por la noche y le han llevado al hospital. Tendrá que quedarse allí unos días, en observación. Quieren hacerle unas pruebas. Edelmira está descansando.

Mamá no me lo dice directamente, porque piensa que yo no entiendo de estas cosas, pero no hace falta que disimule. Sé que al tío se le ha caído definitivamente el tornillo de la cabeza.

—Tu primo se quedará con nosotros hasta que las cosas se tranquilicen —añade—. La tía Edelmira tendrá que ir a visitar al tío a menudo. Estará mucho tiempo fuera de casa, incluso de noche, y no podrá ocuparse de Guille. Estaréis un poco apretados, pero tendréis que dormir en la misma cama. Es una pena, porque tu primo ya tiene el cuerpo de un hombre, y tu cama no es muy grande, pero ayer intentamos abrirle el sofá-cama en la sala, y el pobrecillo se echó a llorar. ¿Lo entiendes, mi vida?

Digo que sí moviendo la cabeza como los



burros, aunque sé que a ella le disgusta que lo haga, pero sospecho que en esta ocasión no me va a reñir, y además no es que yo quiera hacerlo a propósito, sino que de repente, sin saber el motivo, siento que no soy capaz de tragar la saliva, como si estuviese atragantado con un nudo en la garganta. ¡Seré tonto! Puede que tan sólo sea efecto de la fiebre, digo yo. Sin embargo, la sonrisa de mamá al echarle una ojeada al termómetro me anuncia que estoy equivocado.

—¡Qué bien, Siro! No tienes ni una décima.

Al mismo tiempo que mamá dice esto con cara de felicidad, se me desatasca la garganta y la saliva me baja corriendo como por un tobogán, deshaciéndome el nudo que casi no me dejaba respirar. De repente mamá se ace-

lera igual que una avioneta y me obliga a ir a cien por hora.

—¡Rápido, hijo, que ya es tarde! Si te apuras, todavía tenemos tiempo de coger el autobús del colegio.

Me ayuda a vestirme y me aseo corriendo, y corriendo llego a la cocina, donde mamá me tiene preparada una taza de leche con cereales. Mientras desayuno la miro: de espaldas a mí, hace que friega los cacharros de la pila. Digo esto porque friega un vaso una y otra vez, y parece que en cualquier momento se le va a resbalar de las manos. De vez en cuando se detiene y echa una mirada perdida al techo, y me pregunto qué mirará en él, pues yo sólo veo alguna mancha, como una mosca, sobre la pintura blanca, y nada más. Cuando hace ese gesto, le tiemblan los hom-

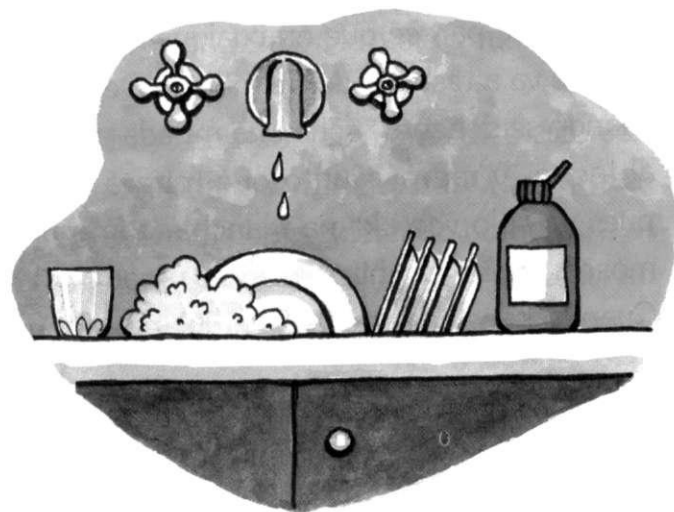


bros y el vaso se tambalea entre sus dedos, hasta que lo deja dentro del fregadero. Se seca las manos con el delantal y saca un pañuelo del bolsillo con el que se suena en seguida. ¿Estará resfriada?

—¿Qué te pasa, mami?

—Nada, Siro. Estoy un poco resfriada. ¿Has terminado?

Lo que yo decía. Está resfriada. ¡Tengo un ojo!...



Capítulo ocho


Por suerte llego a tiempo de coger el autobús, aunque lo pillo cuando está a punto de arrancar. El conductor menea la cabeza y mamá le pide disculpas. Después se despide de mí y me manda un beso por el aire. Me da un poco de rabia, porque los mayores se ríen, y sobre todo porque me pongo colorado delante de Sara.

Paso apurado por el pasillo con la cabeza hundida en el anorak buscando un asiento libre, y me doy cuenta de que Sara aparta su mochila. Luego me llama.

—¡Siro, tienes sitio aquí!



Escucho risitas y murmullos. Me siento a su lado algo avergonzado. Se nota perfectamente que ella espera que yo le hable, pero de repente no se me ocurre nada que decir y, además, su pelo despide un olor tan rico, que hasta se me ocurre que he subido al autobús que conduce directamente al cielo. Me entra un sueño que no soy capaz de disimular, y pienso que por culpa del jaleo de esta noche voy a caer rendido encima de su hombro. Sólo de imaginarme que me pasa semejante cosa, me despierto asustado, como si hubiese recibido un brusco golpe en los morros. Para mi sorpresa, Sara también se queja de un golpe en la nariz. De hecho, medio autobús se está quejando. Por lo visto el autocar ha dado un frenazo para evitar atropellar a un peatón que se le ha cruzado de repente.



El conductor se levanta de su asiento con la cara pálida y nos pregunta si hay heridos. Más de uno alza la mano y comienza a gritar, pero no de dolor, sino para montar follón. De pronto nos damos cuenta de que tenemos una excusa perfecta para perdernos las clases. El conductor al principio se pone nervioso y no acierta a decidir si nos tiene que llevar al hospital. Pero después de examinar el panorama, se da cuenta de que le estamos tomando el pelo y se relaja. Pone los brazos en jarras y nos dice que se acabó el cuento, que vamos a continuar el trayecto, y que con suerte aún llegaremos a tiempo de pillar la fila, pues no nos hemos retrasado más que unos minutos.

Sólo uno de los mayores que está al fondo, precisamente Paco, sigue con la mano le-



vantada porque echa sangre por la nariz. Yo me alegro, por abusón. El conductor le da un paquete de *kleenex* y le dice que se tape la hemorragia y que levante la cabeza para poder contar las telarañas del techo. Todos nos reímos de la ocurrencia. Después le añade que no se preocupe, que si al llegar al colegio todavía sigue sangrando, llamarán a una ambulancia para llevarlo al hospital.

Yo creo que esto último lo dice con un poco de burla, para bajarle los humos al bravucón de Paco, pues bien se ve que es un cagueta, que exagera cuanto puede con tal de que las niñas de su clase se acerquen a él y le hagan mimos, que hasta un enano como yo se entera de ciertas cosas...

Mientras el autocar arranca, escucho la voz de Sara:



—¿Estás bien, Siro?

—Sí, ¿y tú?

—También.

El resto del trayecto volvemos a las andadas, calladitos los dos como santos, y eso que yo tengo ganas de contarle la aventura de la noche que he pasado con mi primo Guille, que jugamos a contar flores en lugar de ovejas y cosas por el estilo, aunque no sé si a las niñas, y concretamente a Sara, les interesa este tipo de historias que nos pasan a los niños cuando dormimos juntos.

Justo cuando el autobús se detiene al lado del portal del colegio, me atrevo a hacerle una pregunta:

—Oye, Sara, por las noches cuando no te viene el sueño, ¿tú qué cuentas?

A Sara se le encienden las mejillas como



si le hubiese hecho una pregunta muy comprometida, y de repente le entran unas prisas extrañísimas por salir del autobús. Mientras baja los peldaños de las escaleras, se vuelve y me dice:

—¡Besos!

¡Así que Sara cuenta besos! ¡Qué raras son las mujeres! Ya lo dice mi padre. Corro detrás de ella, pero ya no la cojo porque Moncho se me cuela en la fila, aunque puedo ver a través de la ventana cómo su larga cola de caballo se pierde tras el portal. Entonces me asalta una duda: ¿de quién serán los besos? Porque para contar besos, hay que tener una buena colección de ellos. Desde luego míos no son, porque yo nunca le he dado un beso... Por lo menos ninguno de verdad, aunque una vez soñé que le daba uno... Puede





que ella también haya soñado que me daba a mí otro, y quizás uno de los besos de su colección sea el de su sueño. Un día de éstos se lo pregunto. Pensándolo bien no se lo pienso preguntar, porque si me contesta que nunca ha soñado esas cosas, igual me pongo colorado y me muero de vergüenza.



Capítulo nueve

APaco no hubo que llevarlo en ambulancia al hospital. En cuanto llegamos al colegio y el conductor le dijo que debía ir a ver a la directora, se le cortó de repente la hemorragia. Paco a veces se hace el remolón para hacer novillos. Piensa que los maestros son tontos y no se dan cuenta de sus maniobras, pero yo creo que sí, aunque hacen como si no. Porque yo una vez los escuché hablar en el patio, mientras él jugaba al fútbol, y decían a sus espaldas que es un caso perdido, excepto para el balón, que en eso es un lince. Y por eso desde hace poco le han puesto el apodo de «el lince», así que



ahora ya nadie le llama por su nombre, sino «¡Lince, Lince!», sobre todo cuando lo animamos en los partidos. La verdad es que merece la pena verlo detrás del esférico, como dicen los locutores de la tele.

El hermano del Lince es Moncho y está en mi clase. Últimamente andamos juntos, aunque no es lo mismo que con Miguel, y a veces se pone demasiado chulo.

—Oye, Moncho, ¿tú sabes lo que son los cromosomas? —lo asalto en el servicio mientras competimos a ver quién hace más arco con la meada.

—Pues claro —me contesta todo chulo, al tiempo que meneaba el pito y lo guarda tras la cremallera del pantalón.

—He ganado yo —dice orgulloso—. He hecho el arco más grande.

Puede que suene a disculpa, pero en este juego siempre soy yo quien gana. Lo que pasa es que me he despistado y he perdido la concentración. Total para nada, porque sé por descontado que es imposible que Moncho sepa la respuesta de una cuestión que ni siquiera mi madre acertó a contestar; ni Miguel, que es tan espabilado que no se le escapa una, según decían los *profes* del otro colegio. Me está bien empleado por querer presumir delante de él, haciendo preguntas de persona mayor. Sin embargo, Moncho no se corta un pelo y me dice lleno de orgullo:

—Cae de cajón. Los «cronosomas» son los tiempos que hacen los ciclistas en la contrarreloj, bobo —me suelta en la cara con un *vacile* que me revienta.

—¡Bobo tú! Y lávate las orejas, que estás



más sordo que una tapia. Hablo de los cromosomas, no de los «cronosomas». Apuesto a que acabas de inventarte esa palabra.

—¿Y qué? Tú también te has inventado la tuya.

—No, yo no me la he inventado. La mía existe de verdad.

—¡Pues mira qué bien!

Moncho me hace un corte de mangas y sale al patio. Yo voy detrás. Ninguno de los dos nos lavamos las manos en la pila, porque aunque sea una guarrada decirlo, a mí siempre me ha gustado el olor del pis en las manos. Si se entera mi madre, me mata. Sin embargo, de repente me acuerdo del olor del pelo de Sara y me siento una especie de cerdo, así que, sin saber por qué, doy media vuelta para lavármelas.

Mientras corre el chorro de agua me pre-

gunto si no habré dado un estirón, de esos que vienen después de las fiebres y que no tienen explicación, porque me siento un poco mayor. Quiero decir que eso de que abandone ciertos principios así como así... Lo de los principios es una palabra complicada que no sé muy bien qué significa, y que acostumbra a emplear mi padre de vez en cuando refiriéndose a cosas que tiene metidas en la cabeza y que mamá o su jefe le hacen cambiar a menudo, y que ahora me viene al pelo, porque digo yo que si he sido capaz de renunciar así como así a tener los dedos con olor a meada, ¡con lo que a mí me gusta!, tiene que ser por alguna razón importantísima. Y si es importante el olor del pelo de Sara, será porque a lo mejor me estoy enamorando de ella. ¡Qué chiste!

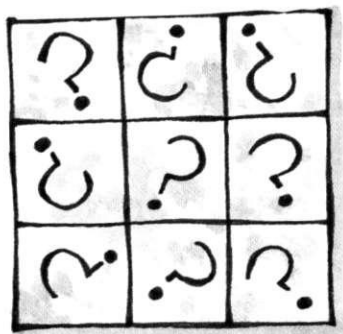


Yo no sé si a los demás niños de Primaria les pasan las mismas cosas que a mí, pero me da vergüenza contarlas, por si se ríen, o por si simplemente soy raro. La verdad es que siento un hormiguelo en la nuca cuando estoy al lado de Sara y me pongo rojo cuando me mira con esos ojos del color de las avellanas, y no se me ocurre nada que decirle, como si mi cabeza se hubiese quedado vacía. En el otro colegio nunca me había pasado una cosa así. Como mucho a veces me entraban ganas de levantarles la falda a las niñas para verles las bragas, pero luego me olvidaba rápidamente chutando el balón con Miguel.

Antes podía hablar de estas y de otras cosas mías con Miguel, pero ahora ya no es posible y sólo puedo contar con Chas. Pero

hasta un enano como yo sabe que hablar con un gato no es ni parecido a hablar con un amigo, aunque sea un ex-amigo. Quizás un día de éstos lo perdono y le cuento todas mis manías, pero con la condición de que su hermano Lucas no ande por el medio haciéndose el gallito.





Capítulo diez

—Siro, ¿ya volvemos a las andadas?
—No, *profe*, estaba pensando en los cromosomas.

La maestra hace un gesto de extrañeza con una cara muy simpática, como si no hubiese entendido mis palabras, y después me suelta:

—¿Cómo dices, Siro?

—Digo que nadie sabe explicarme qué son los cromosomas. ¿Lo sabe usted?

La maestra echa una mirada a la clase, se muerde el labio de abajo como un ratón, abre la boca un par de veces y finalmente dice:

—Sí lo sé, Siro, ¡claro que sí! Sólo que es



un poco complicado explicárselo a niños tan pequeños. ¿Dónde has oído esa palabra?

—La dijo mi madre hablando de algo que tiene mi primo Guillermo.

La maestra sonríe y dice con picardía:

—En realidad, todos tenemos cromosomas, Siro.

La clase entera se sorprende.

—¡Quéeee...!

—¡Ahhhh...!

—¡Ohhhh...!

Entonces empiezan a llover muchas preguntas.

—¿Es una enfermedad, *profe*?

—¿Son frutos secos?

—*Profe, profe*, ¿a que es una especie de planta carnívora con tentáculos, como el pulpo?

Y después una lluvia de atropelladas respuestas...

—Yo sé lo que son. Son, son, son...

—Son cromos para pegar en la piel.

—¡Eso, eso! Calcomanías, son calcomanías.

—No, bobo, son unos *pins* chulísimos, que sacaron los peludos esos...

—¡Pero qué decís! ¿Verdad, *profe*, que son los tacos que llevan en las botas los atletas?

Estoy asombrado. De repente, la clase entera sabe lo que son los cromosomas, excepto yo. Con semejante barullo de respuestas al azar, ¡raro será que alguien no dé con la respuesta correcta, aunque sea por casualidad!

En el aula se monta un alboroto de campeonato y la maestra se enfada. Hace aspavientos con las manos y grita como una fiera

rabiosa. Yo, sin embargo, estoy atontado y me quedo callado, asustado por el follón que se ha formado por culpa de mi pregunta, esperando a que la maestra me riña. Porque a veces uno busca guerra para perder el tiempo, pero que conste que esta vez soy inocente.

—¡Basta! —se escucha la voz de pito de la maestra en medio del ruido, al tiempo que golpea con el puño encima de su mesa.

Los murmullos mezclados con las risas se van desvaneciendo hasta apagarse definitivamente.

El alboroto es sustituido por un silencio terrorífico, taladrado por la mirada acusadora de la maestra, que comienza a caminar con pasitos cortos entre las mesas, con los brazos cruzados por debajo de las tetas y con la cara arrugada con pinta de bizcocho desinfla-





do. De repente, se detiene delante de mi pupitre y, aunque habla clavando sus ojos en los míos, en realidad creo que sus palabras van dirigidas a toda la clase.

—Por lo visto, la palabra misteriosa que Si-ro acaba de pronunciar os ha picado la curiosidad. Pues bien, como yo no quiero ser la responsable de que alguno de vosotros se pase toda la noche dándole vueltas a la cabeza y no pegue ojo, que yo sé que a más de uno le va a pasar, trataré de explicaros de la manera más sencilla que pueda este gran misterio. A ver, que levante la mano aquél o aquélla a quien le han dicho alguna vez que es igualito a su padre, a su madre o a algún pariente.

Casi todos levantamos las manos, pero las bajamos cuando la maestra se dirige a una de las gemelas.

—Veamos, Sandra, ¿qué quieres contarnos?

—A mí siempre me dicen que tengo los ojos igualitos a los de mi madre, que en la nariz me parezco a mi padre, y que en los andares tengo un aire con mi abuela Palmira —contesta muy espabilada.

—¡Vaya, estás bien repartidita! ¿Y a ti, Maribel? ¿Te dicen lo mismo? —le pregunta a la otra gemela.

Antes de que Maribel responda, su hermana se le adelanta.

—A ella también se lo dicen. ¡Como somos igualitas!

—Sandra, deja que hable tu hermana. Maribel, ¿quieres añadir algo?

Maribel abre la boca para contestar, pero de nuevo el loro de Sandra la corta.



—Maribel y yo somos distintas en una cosa. Ella es muy callada y yo muy habladora. ¿Se nota, no?

Y empieza a reírse. A la clase entera nos da la risa, excepto a Maribel, pero la maestra pone los brazos en jarras y nos riñe.

—Yo no le veo la gracia. ¿No será que no la dejas hablar, Sandra? ¿Por qué no intentas contestar sólo cuando te preguntan y dejas que tu hermana hable cuando alguien se dirige a ella?

Esta vez es Maribel quien se ríe como un conejito, y Sandra se enfada y le echa una mirada asesina. La maestra aprovecha para concluir el tema. Según ella, con la expresiva introducción por parte de Sandra, tiene material suficiente para un acercamiento a los misteriosos cromosomas. Abre un cajón de

su mesa y saca una baraja de cartas de parejas de frutas y árboles, una con la que nos deja jugar de vez en cuando en el recreo, cuando llueve y no podemos salir al patio. Las coloca encima de la mesa y me dice:

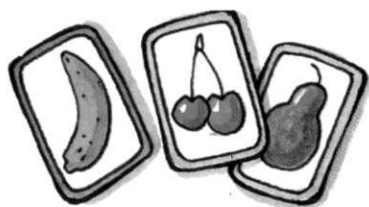
—Anda, Siro, haz lo que yo te diga. Sabéis que esta baraja tiene cincuenta cartas emparejadas, pero para este juego sólo necesitamos cuarenta y seis, o sea, veintitrés parejas. El primer paso consiste en que repartas dos cartas a los compañeros hasta llegar a las cuarenta y seis. Yo me quedo con las que sobren. ¿Lo has entendido?

Muevo la cabeza de arriba abajo, aunque creo que la maestra no tiene ni idea de lo que son los cromosomas, y para distraer nuestra atención nos va a poner a jugar a las cartas. ¡Vaya bobada! Ella piensa que yo no me doy



cuenta de su jugada de despiste, porque disimulo y le sigo la corriente, por no dejarla mal delante de toda la clase. A fin de cuentas, ¡tampoco es tan importante saber qué son los cromosomas, digo yo! Al fin y al cabo, ¿quién soy yo? El nuevo que viene de otro colegio a montar alboroto. ¡No sea que me coja manía y después me haga la vida imposible! Yo, como si nada.

La primera pareja se la doy a Sara, no por nada, sino porque se sienta a mi lado. Al acercarme a ella se pega a mi nariz el olor de su pelo y me provoca un estornudo. A ella le entra la risa. Moncho me da una patada en la espinilla y siento mucha rabia.



Capítulo once

Durante un buen rato, nos lo pasamos bomba, pues tras el reparto de las cartas, la maestra nos manda que miremos las que nos han tocado por si están emparejadas. Si no, tenemos que hacer un intercambio. La batalla de gritos es una fiesta.

—¿Quién tiene la pareja de la manzana?

—¡Yo tengo el manzano!

—¿Quién tiene la pareja del avellano?

—¡Yo tengo la avellana!

—¿Quién tiene la pareja del ciruelo?

—¡Yo tengo la ciruela!

—¿Quién tiene el níspero?

Y nadie tiene el níspero, hasta que la maes-



tra se percata de que está entre las cartas retiradas que le correspondieron.

—Aquí tenéis al níspero, pero no hagáis tanto ruido que vamos a llamar la atención de la jefa de estudios.

Ni caso. Como si hablase con una pared.

—Yo tengo el limonero y el cerezo. ¿Quién tiene las cerezas o el limón?

—¡Yo, yo tengo el limón, pero necesito una naranja para mi naranjo!

—¡Te doy yo la naranja!

—¡Yo te doy las cerezas!

Creo que cuando acabamos de emparejar las cartas, con lo bien que lo estábamos pasando, nadie se acordaba ya de los cromosomas, excepto la maestra, que sigue nuestro intercambio con los brazos cruzados y el ceño arrugado.

—Bien, se acabó —dice de repente, dando unas palmadas en el aire, y el alboroto se va desvaneciendo—. Ahora necesito un poco de orden para explicaros el sentido de este juego, ¿de acuerdo?

La gemela Sandra levanta la mano, pero la maestra hace como que no la ve y continúa su explicación. Hay un coro de risas.

—Vamos a imaginar que el par de cartas que tenéis en las manos, en lugar de árboles y frutas, son parejas de cromosomas.

—¿Y eso qué significa, *profe*? —la interrumpe Sandra.

—Tranquilízate y escucha. Si atiendes, quizá comprendas lo que quiero decir. Continúa. Vamos a jugar a que una de las cartas de la pareja, la que sea femenina, por ejemplo, tiene una letra en clave.



—¿Qué letra, *profe*? —pregunta Paco Leirós.

La maestra, que ahora parece más alegre, nos guiña un ojo y dibuja en el aire dos rayas cruzadas en forma de equis mientras dice:

—Equis, la llamaremos con la letra X.

—¿Y la otra? —preguntan varias voces.

—Para la otra, si es masculina, haremos que a la equis se le caiga una patita. Así se queda coja y se convierte en una «y» griega. ¿Qué os parece?

Entonces se monta otra vez un alboroto tremendo.

—*Profe, profe*, yo tengo la mora y la morera. Las dos son femeninas.

—Entonces tú tienes una pareja de XX.

—¡Yo también, *profe*!

—¡Estupendo! ¿Alguien tiene una XY?

—¡Sí, sí! Yo tengo la higuera y el higo.

—Bien, los que tengáis una pareja formada por dos cartas masculinas las retiráis. En este juego no valen.

—Yo tengo el limón y el limonero.

—Y yo, el piñón y el pino.

—Pues os las cambio por la uva y la vid, y por la castaña y el castaño. Así tenéis una XX y una XY.

La maestra hace los cambios y después nos pide silencio.

—Estaréis echos un lío, ¿verdad?

Muchos movemos la cabeza, como agitados por el viento.

—Pues todo este juego de cartas y parejas tiene una explicación bien sencilla para que podáis entender qué son los cromosomas. Resulta que todas las personas, seamos



hombres o mujeres, tenemos en el cuerpo veintitrés parejas de cromosomas. O sea, juntos hacen un total de cuarenta y seis. Los cromosomas son los responsables, entre otras cosas, de la herencia, es decir, de los parecidos que tenéis con vuestros antepasados, como el color de la piel, de los ojos, o el tipo de cabello. Por eso a veces os parecéis tanto a alguno de los miembros de vuestras familias.

—¿Y eso qué tiene que ver con la equis y con la «y» griega?

—Pues de eso depende si nacéis niños o niñas. Cuando hay una pareja de XX, nace una niña. Y cuando hay una pareja de XY, nace un niño.

Murmullos generales. De repente, toda la clase, incluida la maestra, se convierte en una

sopa de letras, donde las equis y las «y» griegas juegan al escondite. La voz de Sara, que le hace una pregunta a la maestra, me devuelve a la realidad.

—¿Y no puede haber, en lugar de dos cartas, tres, *profe*?

La maestra se muerde el labio y finalmente dice:

—Pues sí, Sara —responde con tono enfadado—. De hecho, puede que alguno de vosotros conozca a alguna persona que, precisamente en la pareja veintiuna, le pase esto. ¿Quién tiene la pareja de cartas veintiuna?

—Yo —levanta la mano Javier López.

—¿Cuál es tu pareja?

—El tomate y la tomatara.

—Pues hay personas que, en la pareja de



cromosomas veintiuna, tienen un tomate y dos tomateras.

—¿Y eso cómo se sabe? —pregunta Lupe Río.

—Los médicos lo averiguan rápidamente, pero nosotros podemos reconocerlos porque son personas muy dulces, gorditas, con el cabello lacio, con unos ojitos muy semejantes a los de los chinos y...

—¡Down! —se me escapa de repente.

—¡Eso es Siro! —exclama la maestra, sorprendida por mi arrebató espontáneo—. ¿Cómo sabes tú que se les llama así?



—Porque mi primo Guillermo es un Down.

—¡Así que de ahí te viene la curiosidad! —comprende ella.

Contesto moviendo la cabeza y noto en el resto de la clase miradas de envidia, porque ninguno de ellos conoce a nadie como Guillermo.

—¿Y haces buenas migas con él, Siro? —se interesa la maestra, zalamera.

—¡Es un jardinero de primera! Le encantan las flores. En realidad, para dormirse cuenta flores en lugar de ovejitas. ¿A que es guay?

—Muy guay, Siro —dice la maestra con una sonrisa de anuncio, y después me besa en la mejilla, no sé muy bien por qué motivo, y me pongo rojo como un tomate, sobre todo porque hay risitas en toda la clase y Sara no me quita ojo.



La maestra suspira profundamente y nos dice que la lección de hoy le ha salido un poco liada porque no la llevaba preparada, pero que tiene la esperanza de que por lo menos el gusanillo de la curiosidad quede abierto para Secundaria, donde se nos explicará mejor lo que son los cromosomas, y no con árboles y frutas.

Volviendo para casa en el autobús, me pregunto si realmente he entendido su explicación, pero no me importa, porque ya no me pica la curiosidad como antes, y ahora podré dormir mejor. Puede que tenga razón la *profe*, así que le voy a hacer caso. Esperaré a crecer. Total, de momento el único que me escucha es Chas, y a él le da igual si yo entiendo o no entiendo si los cromosomas son letras, frutas, árboles, o estampitas.

Capítulo doce

A la vuelta del colegio mamá me espera en la parada del autobús. Antes de bajar, ya sé que pasa algo, porque veo que se frota las manos, que es lo que suele hacer cuando está preocupada. Me da un apurado beso en la mejilla, me coge la mochila y tira de mí.

—Vamos rápido, Siro. Tenemos que acercarnos al colegio de tu primo.

—¿Por qué? ¿Y la tía?

—Edelmira está con Serafín en el hospital.

Mamá saca el coche del garaje y conduce deprisa.

—Ponte el cinturón.



Coge un bocadillo envuelto en papel de aluminio y un zumo de melocotón de su bolso y me lo tiende.

—Vete comiendo. Puede que se nos haga tarde y no quiero que tengas el estómago vacío.

El bocadillo es de chorizo, mi favorito. Le hincó el diente con ganas mientras ella conduce en silencio, tamborileando con los dedos en el volante ante un semáforo y tocando la bocina a menudo.

—Me han llamado del colegio de Guillermo, Siro —dice nerviosa—. Su monitora me contó que desde que llegó al centro esta mañana ha estado triste y silencioso y que al mediodía se encerró en el servicio, sin querer hablar con nadie. Por lo visto desde fuera se oye cómo llora.

—¿Down está triste, mamá?

—Creo que sí, Siro.

—¿Por qué?

—No lo sé. Vamos allí para preguntárselo.

—¿Y por qué no han llamado a la tía?

—Porque ella ahora tiene que atender a Serafín. Dejó nuestro teléfono en el colegio de Guillermo para que nos avisaran a nosotros si pasaba algo urgente.

—¿Y esto es urgente?

—Muy urgente. Quizá tu primo se sienta muy solo.

—¿Por qué?

—No lo sé, Siro. En seguida lo sabremos.

—Ah.

Yo nunca he estado en el colegio de Down. Es diferente al mío, creo que más bonito. Tiene las paredes repletas de dibujos y carteles



con niñas y niños con ojos achinados igualitos a los de Guillermo.

—¿Down viene a un colegio de chinos?

—No, Siro. De eso ya hemos hablado.

En la entrada hay una mesa enorme y una tarima llena de objetos construidos con madera. Me llama la atención una locomotora.

—¡Qué tren más chulo, mamá!

—Sí, es precioso.

Se nos acerca una mujer vestida con uniforme azul.

—Buenos días, ¿qué desean?

—Somos parientes de un niño que está encerrado en el servicio. Nos ha llamado su monitora.

—¡Ah, sí! Esperen un momentito que ahora la aviso.

Mientras esperamos, mamá pasea por el

pasillo inquieta, y yo me entretengo mirando la exposición. Además de la locomotora, hay dos aeroplanos, una lancha, un buque de guerra, varios jarrones con flores de papel y alambre, *colages*, rompecabezas, cuadros... Una mujer muy guapa con el pelo recogido en la nuca y vestida con una bata blanca se acerca a mamá y le dice algo que no oigo bien. Después me dirige una mirada y sonrío:

—Hola. ¿Te gusta la exposición?

Yo afirmo con la cabeza.

—Siro, contesta con la boca, no con la cabeza como los asnos —me riñe mamá.

—Sí, es muy bonita. Me gusta mucho la locomotora —digo para contentarla.

—Son trabajos hechos por alumnos del centro. A la mayoría le encanta la marquete-



ría. Más tarde, si quieres, podemos ir a visitar los talleres. ¿Quieres?

De nuevo muevo la cabeza, y mamá me lanza una mirada asesina, pero no dice nada.

—Pero primero tenemos que ir a rescatar a tu primo al servicio. ¿Quieres venir con nosotras o prefieres quedarte aquí viendo con más calma la exposición?

—Prefiero ir.

—Pues vamos.

La monitora nos lleva por un pasillo pintado de blanco con murales pegados en las paredes. Al final se encuentra el servicio donde está Down. En seguida escuchamos sus lamentos. Mamá golpea con los nudillos en la puerta y le habla despacio.

—Guillermo, cariño, soy la tía. ¿Por qué no sales? Estamos preocupados.

Down no contesta. Su llanto tampoco se oye.

—Si estás triste por algo, puedes hablar conmigo, o con tu señorita. Sabes que te queremos mucho. Seguro que lo que sea tiene solución.

Down por fin habla:

—¿Y mamá?

—Mamá está con papá. Tiene que cuidarlo para que salga cuanto antes del hospital. Los dos te quieren mucho.

—No me quieren. Se marcharon de noche y me dejaron solo.

—Solo no, viniste a nuestra casa. ¿No te gusta estar con nosotros?

—Yo prefiero mi cama, a mi mamá y a mi papá.

—¡Pues claro que los prefieres a ellos! ¡Fal-



taría más! Seguro que Siro, si tuviese que ir a tu casa, también preferiría su cama y a sus padres, ¿verdad, Siro?

Yo muevo la cabeza, y claro, no se me oye.

—¡Habla alto, Siro! —me susurra mamá al oído—. Que te oiga Guillermo.

—A mí me gusta mi cama, mi mamá y mi papá —digo, porque sé que es lo que quiere oír mi madre, y parece que Down también.

—¿Oyes, Guillermo? ¿Oyes a tu primo?

—¿Y cuándo va a volver papá del hospital?

—Pronto, puede que en una semana ya esté de vuelta.

—¿Y se va a morir?

—¡Claro que no, Guillermo! ¡Qué cosas se te ocurren! A papá le duele mucho la cabeza y los médicos quieren saber por qué le duele tan a menudo, eso es todo.

—A mí a veces también me duele la cabeza.

—Pues eso. A todo el mundo le duele la cabeza de vez en cuando.

—¿Me van a llevar al hospital también?

—No, Guillermo. Tus dolores de cabeza son pequeños y con una aspirina se curan en seguida.

—¿Y los de papá?

—Ésos son más fuertes, por eso tienen que curarlo en el hospital.

De repente Down se queda en silencio y todos esperamos que salga finalmente. Sin embargo, al cabo de un rato dice:

—Quiero hablar con Siro.

Mamá y la monitora cruzan una mirada, sorprendidas, y después me miran a mí cargándome de responsabilidad.



—Está bien, Guillermo, como quieras. Nosotras salimos y te dejamos con Siro.

Salen y cierran la puerta. Yo me quedo tieso como un palo mirando la puerta del servicio de Down.

—¿Estás solo, Siro?

—Sí.

—Esta noche podemos contar ovejitas, si quieres.

—Vale. O flores. Lo de las flores es más chulo.

—Vale.

—También podemos contar besos.

—Nunca he jugado a contar besos. ¿Cómo se hace?

—No lo sé. Tengo una amiga que cuenta besos. Se llama Sara. Puedo preguntarle mañana si quieres y después jugamos nosotros.

—Vale.

—¿Te vas a quedar ahí para siempre?

—No. Es que no hay papel higiénico para limpiarme.

—¿Quieres que pida un rollo?

—Vale.

Abro la puerta de los lavabos y me encuentro a la monitora y a mamá con la oreja pegada.

—¿Qué tal? —me dicen al mismo tiempo.

—Quiere papel higiénico.

—¿Cómo dices? —pregunta la monitora con los ojos abiertos.

—Que quiere limpiarse el culo y no tiene papel higiénico.

—¡Ah, sí, claro, qué boba! —exclama, y se pone colorada; después se va.

Mi madre tiene la boca abierta y me mira



sin saber qué decir. La monitora vuelve con el rollo de papel y luego yo se lo doy a Down por debajo de la puerta. Se escucha el ruido de la cisterna y al poco rato Down sale sonriendo. Mamá y la monitora parecen emboadas. Los mayores no entienden nada de nada.



Capítulo trece

La monitora nos invita a visitar las instalaciones del centro. Mamá consulta el reloj y pone cara de circunstancias, pero Down no espera su respuesta y tira de mí pasillo adelante en sentido contrario a los aseos.

—¿Adónde vais? —escuchamos la voz de la monitora a nuestra espalda.

—A mi jardín —contesta Down.

Llegamos hasta una puerta pintada de color verde que tiene un letrero pegado en el que pone: «TALLER DE JARDINERÍA». Down golpea un par de veces con los nudillos y sin esperar respuesta la abre.





—Hola —le oigo hablar con alguien—. Éste es mi primo Siro.

Me da un empujón y pierdo el equilibrio, de manera que al entrar me llevo por delante el bonsái de una niña que está sentada en el suelo. Un hombre vestido con bata blanca y con un enorme bigote encima del labio le riñe .

—Guillermo, sal y vuelve a entrar con educación.

Down me tira de la chaqueta y me saca de clase, cierra la puerta y llama otra vez. Se oye la voz del hombre que nos invita a pasar. Down vuelve a abrir la puerta y me da otro empujón. Esta vez lo controlo y me detengo antes de acercarme a la niña del bonsái.

—¿Por qué empujas a tu amigo? —le riñe de nuevo el hombre del bigote.



Down se encoge de hombros.

—Estamos jugando —lo defiendo.

Down sonrío.

—¿Y se puede saber a qué jugáis? —pregunta el hombre cruzándose de brazos.

—A que él me empuja y yo me dejo empujar —contesto lleno de razón.

Los niños y las niñas se echan a reír. El hombre del bigote y la bata blanca suspira y mueve la cabeza.

—En fin, ¡sois imposibles!

La clase es bonita, llena de plantas colocadas en tarimas, por las paredes o colocadas en una lona que cubre todo el suelo. No hay mesas ni sillas. Sólo tiestos. Huele a verde, a abono y a tierra húmeda.

Los niños y niñas revuelven la tierra con las manos, de rodillas sobre la lona. Me mi-



ran y no dejan de murmurar entre sí. Son regordetes, igualitos que Down, pero distintos a los niños mayores que conozco, como Lucas, el hermano de Miguel. Se les nota algo que no sé explicar, como si fuesen grandes pero pequeños al mismo tiempo. Parecen contentos porque no dejan de reír. Algunos llevan gafas con cristales muy gruesos, como Down, y tienen las manos gorditas. Llevan puesto un mandilón de cuadritos todo manchado de tierra. Son simpáticos. La niña del bonsái se levanta del suelo y se acerca a mí. Tiene los ojos achinados y las manos escondidas detrás de la espalda. De improviso me da un beso en la mejilla y se echa a reír.

—Hola, soy María, ¿y tú?

Siento calor en la cara.

—Me llamo Siro.



María descubre las manos y me regala una margarita de color azul. Después echa a correr y desaparece de nuestra vista.

—¡Una margarita azul! —se me escapa.

Down me da un coscorrón y se muere de risa. El hombre de la bata y el bigote le llama la atención.

—Guillermo, ¿qué haces aquí?

—Vengo a enseñarle a Siro mi jardín, ¿puedo?

—Puedes, pero sin hacer ruido. No quiero que distraigas a tus compañeros.

—Vale.

Down me coge de la mano y hace que sortee los tiestos esparcidos por el suelo. Aun así, piso algún montoncito de tierra y abono. Abre una puerta al final de la clase que conduce a un patio repleto de margaritas azules.



—Mi jardín —dice Down.

—¿Es todo tuyo?

—Mío y de María.

María sale de un rincón y se acerca a Down.

—Hola, Guillermo. Me dijeron que te habías encerrado en el servicio.

—Es cierto.

—¿Por qué?

—Porque no había papel higiénico.

Comenzamos a reír.

—¿Te gusta nuestro jardín? —me pregunta María.

—Sí, es bonito.

—Es nuestro porque a los dos nos gustan las margaritas azules. Aquí María y yo cuidamos nuestras margaritas. ¿Te gustan las margaritas?



—Las azules son bonitas.

—¿Y las otras?

—Las otras también, pero más las azules.

Se abre la puerta del patio y asoma la cabeza del hombre con bigote encima del labio.

—Guillermo, os están buscando. Salid, venga.

Vamos detrás de él. Los cuatro sorteamos los tiestos y la tierra esparcida por el suelo. Me despido de María.

—Gracias por la margarita, María. Al llegar a casa la pondré en agua.

—No, métela dentro de un libro. Se secará y te durará más. El azul cambiará de color, pero es divertido saber que fue azul. ¿Verdad?

—Sí.

Down y yo salimos de la clase y en el pa-



sillo nos encontramos con mamá y la moni-
tora.

—Siro, nos tenemos que ir.

—Tengo una margarita azul, mamá.

—Es preciosa. ¿Quién te la ha dado?

—María.

—¿Así que ya has hecho una amiga?

—Es mi novia —dice Down.

—Ah —dice mamá.

—Ah —dice la monitora.

Yo pienso en Sara.

Capítulo catorce

Le pregunto a mamá si Down se tiene que quedar en el centro, o si puede venir con nosotros a casa. Ella me dice que todavía es pronto y no debe perder sus clases, pero la monitora sonrío y consiente.

—Tal vez sea buena idea que Guillermo se tranquilice y mañana vuelva más fresco.

Guillermo me guiña un ojo y yo le devuelvo el gesto. Mamá suspira y nos pide unos minutos, porque quiere hacer una llamada telefónica. La monitora se despide de nosotros y nos deja en el pasillo. Mientras mamá telefonea, Down señala las puertas a lo largo del

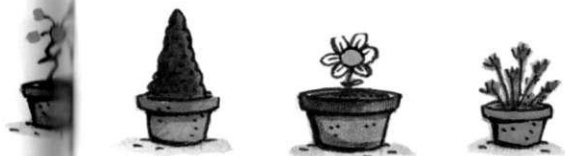


pasillo y me explica qué hay detrás de cada una.

—Ésta es la del gimnasio. Aquí hacemos deporte. Y ésta, la del taller de marquetería. Aquí construimos objetos de madera. Esta otra es la puerta de hablar, escribir, leer y dibujar. Aquí hablamos, escribimos, leemos y dibujamos... A veces no hablamos ni escribimos ni leemos ni dibujamos, sólo nos callamos y dormimos. La del fondo es la de música. Allí escuchamos, cantamos y bailamos... A mí la que más me gusta es la de jardinería... Allí María y yo cultivamos margaritas azules.

Mamá nos llama. Tiene la cara alegre. Le da un beso a Guillermo y le dice:

—Acabo de hablar con tu madre y le he contado lo que ha pasado. Pensé que se iba



a enfadar, pero no ha sido así, porque el médico le ha comunicado una noticia muy buena. A tu padre le darán el alta dentro de un par de días y ya podrá volver a casa.

Down empieza a mover los brazos y a saltar dando botes como una pelota. No sé por qué también llora, y le caen unas lágrimas muy gordas por las mejillas.

—¿Por qué lloras? —le pregunto.

Mamá me contesta por él.

—No te asustes, Siro. Guillermo llora de alegría. ¿Verdad, Guillermo?

Down le da la razón a mamá. Yo pienso que no tiene mucho sentido, porque hace poco lloraba de pena, y ahora resulta que llora de alegría. ¡Qué complicado! Mamá debe de haber notado que no entiendo nada, porque añade:



—Guillermo se ha emocionado, Siro. A veces pasa eso. Uno se pone tan contento que siente cosquillas en la nariz y en los ojos, y se echa a llorar. Se llaman lágrimas de alegría.

—Yo nunca he tenido lágrimas de alegría.

—Pues quizás alguna vez las tengas. Eso es muy normal en las personas sensibles.

—¿Down es sensible?

—Muy sensible.

—Entonces yo no soy sensible.

—No quiero decir eso. Simplemente eres diferente, ni mejor ni peor.

—¿Qué es ser sensible?

Mamá me mira nerviosa.

—Pues eso, que te emocionas a menudo y a veces no eres capaz de controlar las lágrimas.





—¿Y si las controlo, significa que no soy sensible?

—No, cariño, no necesariamente. Hay personas que no lloran por fuera y son muy sensibles. Lloran por dentro.

—¿Tienen el cuerpo lleno de lágrimas?

—Como si fuese una laguna encharcada.

—Entonces, en lugar de sangre, sus venas llevan lágrimas.

Mamá boquea, eso quiere decir que no sabe qué contestar. Como siempre, corta la conversación con una frase que ya me conozco.

—¡Ya lo entenderás cuando seas mayor! —y después nos propone—: ¿Qué os parece si os invito a un helado en el centro comercial? La tía Edelmira nos saldrá al encuentro dentro de unos minutos.



Down da palmadas de contento, así que yo, como siempre, hago ver que me he quedado satisfecho. No pienso darle vueltas en la cabeza al asunto de la sensibilidad igual que me pasó con los cromosomas. ¡Vaya tonteería! Pero en el coche se me ocurre una pregunta importantísima:

—Oye, mamá, ¿ya le han puesto el tornillo al tío Serafín?

—¿Qué tornillo? —pregunta Down.

Y cuando me propongo explicárselo, mamá me corta nerviosa:

—Siro, creo que tú y yo ya hemos mantenido no hace mucho una conversación al respecto. ¿Te acuerdas?

Me acuerdo, y eso significa que debo tener la boca cerrada como un santo, al menos delante de ella.



—Después hablamos —le susurro a Down en la oreja, como si fuese un secreto.

Él me da un empujón.

—Me gustan los secretos —me dice también en bajo.

—Y a mí.

—¿Qué murmuráis? —nos pregunta mamá.

—¡Nada! —contestamos al mismo tiempo, y nos da la risa.

Cuando llegamos al centro comercial, la tía Edelmira ya nos está esperando sentada en la terraza de una cafetería. Llena de besos a Down y después nos compra un helado a cada uno. Mamá y ella se sientan y nos dicen que podemos mirar escaparates sin alejarnos mucho, mientras ellas hablan y toman unos refrescos. Down va directo a la floristería, pero a medio camino a mí se me quedan los



ojos fijos en la ferretería. ¡Un mágico lugar lleno de tornillos!

—Down, entremos en la ferretería.

—¿Para qué?

—Tenemos que comprar un tornillo para tu padre.

Down me mira con cara de extrañeza.

—Mi padre no necesita un tornillo. Tiene muchos en el tren de lavado.

—Tú hazme caso. Será un tornillo de repuesto. En el hospital le han puesto uno nuevo, pero se llenará de óxido y lo tendrán que internar de nuevo.

—¿Tú crees?

—Sí. Se lo he oído decir más de una vez a mis padres.

Down mira con envidia la tienda de jardinería.



—Después vamos, pero primero compramos el tornillo.

—Vale.

Entonces caigo en la cuenta de que no llevo dinero.

—¿Tienes dinero, Down?

Down niega torciendo el morro.

—Pues no podemos comprar el tornillo. Yo tampoco tengo, y no quiero pedirselo a mamá, porque ya ves cómo se ha puesto en el coche. Éste debe ser nuestro secreto.

—Nuestro secreto —repite Down y pone dos dedos en forma de cruz y les da un beso.

Yo lo imito.

De repente escucho una voz conocida a nuestra espalda y el ruido de alguien que corre.

—¡Siro!



Me doy media vuelta y... siento un estallido de alegría en el centro del pecho.

—¡Miguel!

Nos abrazamos. ¡Mi ex-mejor amigo Miguel! Y se me escapan las lágrimas... ¡Seré tonto! Él también llora. ¡Seremos tontos! Down está muy serio.

—¿Qué te pasa, Siro?

—¿No lo ves? Lloro de alegría.

Y de repente entiendo la explicación de mamá de hace un momento. Estoy emocionado. Los dos nos limpiamos las lágrimas con la manga del jersey.

—Te quito el «ex» —le digo.

—Guay.

—Éste es mi primo Guillermo, pero tú puedes llamarle Down. ¿Puede llamarte Down, Down?



Down se encoge de hombros.
 —Pero no lo hagas delante de los mayores. Ellos no lo entenderían.
 Miguel está de acuerdo.
 —¿Qué haces aquí?
 —He venido con Lucas. Va a comprar unos discos. Está en la tienda de música. ¿Y vosotros?
 —Queremos comprar un tornillo, pero no tenemos dinero.
 —Tengo yo.
 —¿Sí? Down, Miguel tiene dinero. ¿Nos prestas?
 —¡Claro! ¿Llegará con un euro?
 —¡De sobra! Los tornillos son pequeños, así que no pueden costar mucho.
 Los tres entramos en la ferretería. El dependiente pasa su mirada de uno a otro. No sé

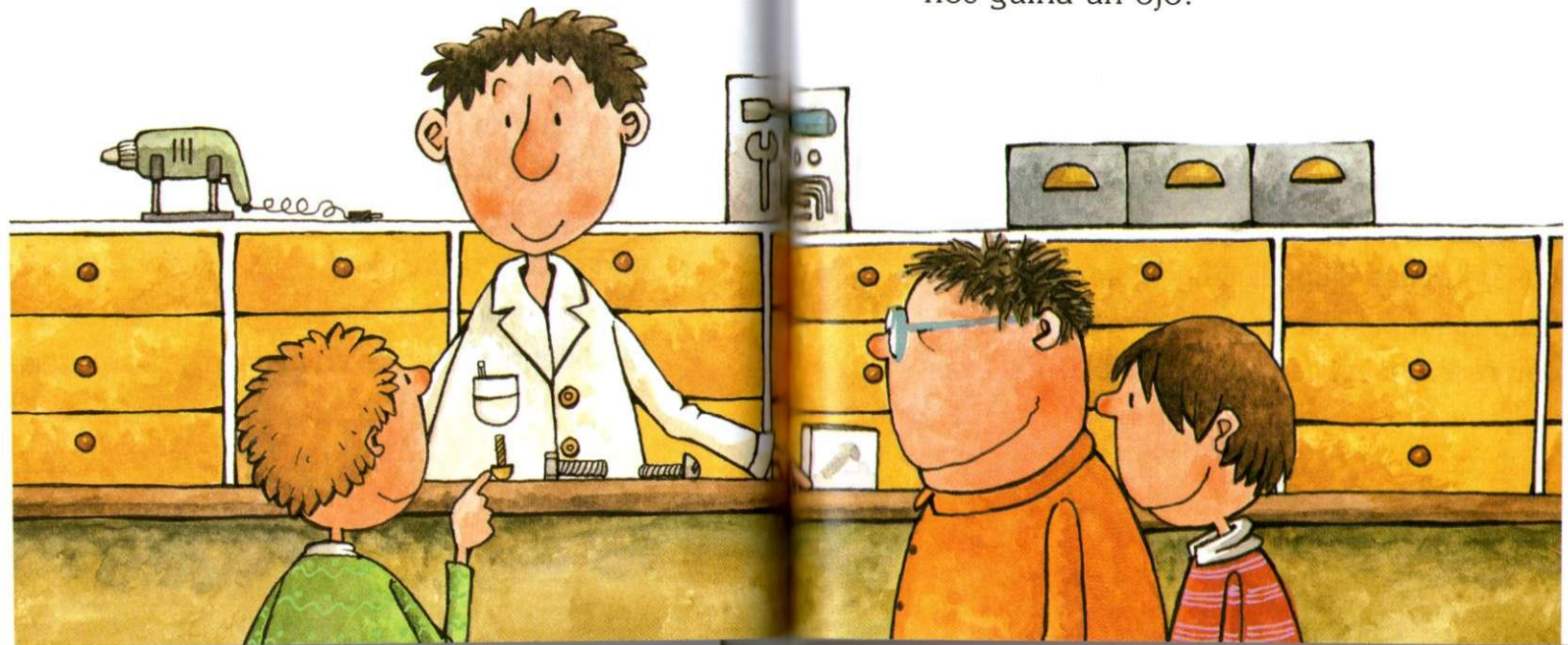
por qué mira más a Down, pero le pregunta a Miguel, que es un poco más alto que yo.
 —¿Qué queréis?
 —Tornillos —contesto yo.
 —¿Qué clase de tornillos? —vuelve sus ojos hacia mí.
 —¿De cuántas clases hay?
 —Pues... Depende del diámetro de la cabeza, de la rosca, del material... Los hay de cabeza redonda, plana...
 Pongo cara de pensar y me digo que, si el tío Serafín tiene la cabeza redonda, debe de necesitar un tornillo de cabeza redonda.
 —Un tornillo de cabeza redonda.
 —¿Sólo uno? —pregunta el dependiente con el ceño fruncido.
 —Sólo uno —contesto.
 El dependiente rebusca debajo del mostra-



dor y nos enseña varios tornillos con la cabeza redonda de distinta longitud, uno de ellos dorado.

—Elige. ¿Cuál quieres?

Consulto con la mirada a Down y a Miguel, pero ambos se encogen de hombros. Me decido por el dorado, por aquello de que parece de oro, como los dientes de repuesto de los abuelos.



—Uno dorado.

El dependiente envuelve el tornillo en un trocito de papel y me lo tiende.

—¿Cuánto cuesta?

El dependiente pasa su mirada lentamente deteniéndose en cada uno de nosotros y sonríe por primera vez.

—Es un regalo de la casa. Creo que por un tornillo no nos vamos a arruinar —y nos guiña un ojo.



Le damos las gracias y salimos de la tienda. Yo cojo el tornillo y se lo doy a Down.

—Guárdalo tú. Cuando llegues a casa, lo metes en el cajón de la mesilla de tu padre.

—¿Para qué?

—Es un amuleto. Lo vi hacer en una película. Así, cada vez que a tu padre se le caiga un tornillo, aunque no lo sepa, tiene el de repuesto guardado en el cajón, y nunca más tendrá que ir al hospital porque el amuleto de la buena suerte lo estará protegiendo. ¿A que es buena idea?

Down y Miguel me dan la razón. Después cruzamos los dedos y besamos la cruz en un pacto secreto. Lucas sale de la tienda de discos y llama a Miguel. Miguel se despide de nosotros rápidamente y me promete que quedaremos cualquier día para hablar de nues-

tras cosas, y yo le prometo que no me volveré a enfadar nunca más con él, pues a partir de ahora, junto con Down, es mi mejor amigo.

Mamá y la tía Edelmira nos hacen gestos para que nos acerquemos. La tía dice que tiene que volver al hospital junto al tío Serafín y se despide de Down, pidiéndole que se porte bien. En seguida subimos al coche y vamos hacia casa.

Por la noche mamá le cuenta la travesura de Down a papá, y a él le da la risa y le revuelve el pelo.

Le llama «pillastre» y nos deja jugar en nuestra habitación a tirarnos la almohada y a mantener una batalla de cojines. Mamá parece otra. Canturrea en la cocina y nos prepara una cena para chuparnos los dedos.



Down se acuesta en mi cama como la noche pasada. Antes de meterme yo también, guardo la margarita azul que me ha regalado María en el centro de mi libro de cuentos favorito. Apagamos la luz y hablamos bajito.

—Tienes suerte de que a tu novia le gusten las margaritas azules —digo yo.

—Sí, tengo suerte —dice él.

Y jugando a contar flores, me quedo dormido. Antes de cerrar los ojos me pregunto si a Sara también le gustarán las margaritas azules. Quizá mañana se lo pregunte... A lo mejor, hasta le pido que sea mi novia.